

A barlovento

Iain M. Banks

Traducción:
Paula Gamissans Serna
Marta García Martínez



Gentil o judío

Oh, tú, que llevas el timón y miras a barlovento,
Piensa en Flebas, antaño tan bello y robusto como tú.

T. S. Eliot
Tierra Baldía, IV

Para los veteranos de la guerra del Golfo

Prólogo

A medida que se acercaba el momento en que ambos sabíamos que tendría que dejarlo, resultaba complicado distinguir los relámpagos de los centelleos de las armas de energía de los Invisibles.

Un súbito estallido de luz azul atravesó el cielo, creando un paisaje invertido con la tosca superficie inferior de las nubes y revelando, a través de la lluvia, el halo de destrucción que nos rodeaba: el armazón de una lejana construcción cuyo interior había desintegrado un cataclismo previo, los enmarañados restos de torres de alta tensión cerca de la boca del cráter, cañerías y túneles destrozados descubiertos por este, y el inmenso y descuartizado cuerpo del destructor terrestre, medio sumergido en la piscina de agua mugrienta del fondo del hoyo. Cuando la luz de la bengala murió, apenas dejó un recuerdo en el ojo y el tenue parpadeo del fuego del interior del destructor.

Quilan apretó mi mano con más fuerza.

—Debes marcharte. Ahora, Worosei.

Un nuevo centelleo, más débil esta vez, iluminó su rostro y el barro aceitoso que rodeaba su cintura, por donde desaparecía bajo la máquina de guerra.

Tuve que completar todo un ritual para consultar los datos de información del control de mi casco. El piloto de la nave ligera estaba de regreso, solo. La pantalla me decía que ninguna otra máquina lo acompañaba, y la ausencia de comunicaciones en el canal abierto implicaba que no había buenas noticias. No habría sobrecargo, no habría rescate. Cambié al modo de visión táctica. Tampoco decía nada bueno. La esquemática parpadeante indicaba una gran incertidumbre en la representación (mala señal por sí misma) pero parecía que nos encontrábamos justo en la línea de avance de los Invisibles, y que pronto nos veríamos invadidos por ellos. En diez minutos, tal vez. O

quince. O cinco. A saber. No obstante, sonreí e intenté hablar con la mayor calma posible.

—No puedo llegar a ningún lugar seguro hasta que la nave llegue aquí —dije—. Ninguno de nosotros puede.

Intenté hacer pie en una posición más cómoda de la embarrada pendiente. Una serie de explosiones resonó en el aire. Me incliné sobre Quilan para proteger su descubierta cabeza. Oí el ruido sordo de los escombros deslizándose por la bajada sobre la que nos encontrábamos y de algo que se zambullía en el agua. Eché un vistazo a la piscina formada en el fondo de cráter cuando las olas rompieron contra la afilada coraza delantera del destructor terrestre y cayeron de nuevo. Al menos, el nivel del agua parecía mantenerse en su sitio.

—Worosei —dijo Quilan—, no creo que yo pueda ir a ninguna parte. No con esto encima de mí. Por favor. No intento hacerme el héroe y tú tampoco deberías. Vete ya.

—Todavía hay tiempo —respondí—. Te sacaremos de aquí. Siempre has sido un impaciente. —La luz nos cegó de nuevo, iluminando cada una de las gotas de lluvia en la oscuridad.

—Y tú siempre...

Lo que quiera que pensase decir quedó ahogado por otra ráfaga de penetrantes detonaciones; el sonido nos ensordecía como si el propio aire se estuviera desgarrando.

—Vaya noche más ruidosa —dije, mientras me inclinaba de nuevo sobre él. Un zumbido se adueñó de mis oídos. Más luces. Al acercarme, pude ver el dolor en sus ojos—. Incluso el mal tiempo se nos ha puesto en contra, Quilan. Menudo trueno.

—Eso no ha sido un trueno.

—¡Claro que sí! Allí. Y un relámpago —repuse, mientras me inclinaba todavía más sobre él.

—Vete ya, Worosei —susurró—. No seas imbécil.

—Yo... —empecé. Pero entonces, mi rifle resbaló de mi hombro y lo golpeó en la frente.

—¡Ay! —se quejó.

—Lo siento —me disculpé, cargándome de nuevo el arma.

—Culpa mía, por perder el casco.

—Bueno —contesté, dando una palmada en los fragmentos de raíles que teníamos encima—, pero has ganado un destructor terrestre.

Quilan empezó a reír, pero luego su rostro se transformó en una mueca de dolor. Forzó una sonrisa y apoyó una mano sobre la superficie de una de las ruedas directrices del vehículo.

—Es curioso —dijo—. Ni siquiera estoy seguro de si es nuestro o de ellos.

—Pues yo tampoco —repuse. Eché un vistazo al armazón roto. El fuego de su interior se estaba propagando: unas llamas amarillas y azuladas emergían ya del orificio del lugar que había ocupado la cabina.

El mutilado destructor terrestre se había deslizado parcialmente dentro del cráter. En su lado más alejado, la oruga de la máquina reposaba sobre la pendiente del hoyo, una gran banda metálica que ascendía hasta su superficie como una destartada escalera mecánica. Frente a nosotros, las gigantescas ruedas directrices sobresalían del casco del vehículo: algunas sostenían los enormes ejes de la trayectoria superior de la oruga, y otras quedaban en la parte inferior. Quilan estaba atrapado bajo ellas, encallado en el barro, con la parte superior del torso al descubierto.

Nuestros camaradas habían muerto. Solo quedábamos Quilan y yo, y el piloto de la nave ligera, que volvía a recogerlos. El buque, situado a poco menos de dos kilómetros por encima de nosotros, no podía ayudarnos.

Yo ya había tratado de tirar de Quilan, ignorando sus quejidos, pero estaba totalmente atrapado. Intenté desplazar la oruga de la máquina con la unidad antigravitatoria de mi traje, y maldije nuestros presuntamente maravillosos proyectiles de última generación, tan útiles para matar a nuestra propia especie y para penetrar en blindajes, pero tan inútiles para cortar metales pesados.

Cerca de nosotros, se oyó un nuevo ruido; una ráfaga de chispas saltó desde la abertura de la cabina para desvanecerse entre la lluvia. Sentí la vibración de las detonaciones en el suelo, transmitidas por el cuerpo de la malograda máquina.

—Es la munición —dijo Quilan, con un hilo de voz—. Hora de que te marches.

—No. Sea lo que sea lo que ha volado la cabina, ha terminado con todas las reservas de munición.

—No lo creo. Esto podría estallar en cualquier momento. Sal de aquí.

—Ni hablar. Aquí estoy bien.

—¿Estás... qué?

—Estoy bien.

—Pareces idiota.

—No soy idiota. Deja de intentar deshacerte de mí.

—¿Por qué? Eres idiota.

—Deja de llamarme idiota, ¿quieres? Eres muy pesado.

—No soy pesado. Solo intento que actúes racionalmente.

—Estoy actuando racionalmente.

—Mira, no me impresionas nada. Tu obligación es salvar tu vida.

—Y la tuya es no desesperar.

—¿No desesperar? Tú estás haciendo el idiota, y yo tengo un... —Quilan abrió los ojos de pronto —. ¡Ahí! ¡Arriba! —siseó, señalando detrás de mí.

—¿Qué pasa? —Me volví, con el rifle a punto para disparar.

El soldado de los Invisibles estaba en la boca del cráter, observando los restos del destructor terrestre. Llevaba puesto una especie de casco, pero no le cubría los ojos y, presumiblemente, no era demasiado sofisticado. Levanté la mirada entre la lluvia. El soldado quedaba iluminado por la luz de las llamas del destructor terrestre, pero nosotros nos encontrábamos en la penumbra. Sostenía el rifle con una mano, no con ambas. Yo permanecí completamente inmóvil.

Entonces, el soldado se llevó algo a los ojos y empezó a escrutar el entorno. Se detuvo, apuntando directamente hacia nosotros. Yo ya había levantado el rifle y disparado cuando él dejó su dispositivo de visión nocturna y se dispuso a apuntar con su arma. Explotó en una ráfaga de luz, justo cuando otra explosión iluminó el cielo. La mayor parte de su cuerpo se tambaleó y se precipitó por la pendiente del cráter, hacia nosotros. Todo, excepto un brazo y la cabeza.

—Vaya. Ahora resulta que tienes buena puntería —dijo Quilan.

—Siempre la he tenido, amigo —respondí, dándole una palmada en el hombro—. Lo mantenía en secreto para no avergonzarte.

—Worosei —dijo, agarrando de nuevo mi mano—. Ese soldado no debía de estar solo. En serio, ahora debes marcharte.

—Yo... —empecé. Pero entonces, los restos del destructor terrestre y el cráter dieron una enorme sacudida al explotar algo dentro del almacén, y una intensa ráfaga de metralla salió del hueco de la cabina de la máquina. Quilan se estremeció de dolor. Varias placas de barro se deslizaron por la pendiente, rodeándonos, y los restos del soldado muerto se acercaron más a nosotros. Todavía tenía el rifle sujeto con el guante blindado. Volví a mirar la pantalla de mi casco. La nave ligera estaba a punto de llegar. Mi amor estaba bien, y había llegado el momento de marcharme.

Me volví para decirle algo.

—Alcánzame el rifle de ese cabrón —me pidió, señalando con la cabeza al soldado muerto—. A ver si me puedo llevar a un par de ellos conmigo.

—De acuerdo —repose, alejándome a escarbar entre el barro y los escombros para coger el arma del soldado muerto.

—¡Mira a ver si hay algo más! —gritó Quilan—. Granadas... ¡lo que sea! Bajé de nuevo junto a él y sumergí mis botas en el agua.

—Era todo lo que tenía —le dije, entregándole el rifle.

—Bien. Servirá.

Quilan apoyó el arma contra su hombro y volvió el torso en la medida en que lo permitieron sus piernas atrapadas, adoptando lo más parecido a una posición de disparo.

—Ahora, ¡vete de una vez, antes de que yo mismo te pegue un tiro!
 —Tuvo que levantar la voz, mitigada por otra serie de explosiones en el armazón del destructor terrestre.

Me incliné hacia delante y le di un beso.

—Nos veremos en el cielo —dije.

Por un momento, su rostro adoptó una expresión de ternura. Dijo algo, pero las detonaciones hicieron temblar el suelo y tuve que pedirle que lo repitiera, mientras el eco moría y las imágenes estroboscópicas de las luces invadían el cielo que nos cubría. Una señal parpadeó de pronto en mi visera, indicándome que la nave estaba justo encima de mí.

—He dicho que no hay prisa —me dijo, sereno, y sonrió—. Vive, Worosei. Vive por mí. Por los dos. Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Buena suerte, Worosei. —Miró hacia la ladera del cráter.

Quise desearle lo mismo, o despedirme tal vez, pero fui incapaz de pronunciar una sola palabra. Solo pude mirarlo, sin esperanza; contemplé a mi marido por última vez, me volví y me arrastré hacia arriba, deslizándome sobre el barro y alejándome de él. Pasé por encima del cadáver del Invisible al que había matado, junto al flanco de la máquina en llamas, bajo los cañones de la cabina de popa, mientras nuevas explosiones disparaban pedazos de armazón hacia el lluvioso cielo, que se zambullían después en el agua del fondo del cráter.

La pendiente enfangada y llena de aceite no me facilitaba el ascenso; parecía que bajaba en lugar de subir y, por un momento, llegué a pensar que nunca podría salir de aquel inmenso agujero, hasta que me agarré a la gran plancha de metal que quedaba de la oruga del destructor terrestre. Lo que mataría a mi amado iba a salvarme a mí: utilicé las secciones entrelazadas de la oruga incrustada a modo de escalera, y conseguí llegar a la cima.

Fuera del cráter, en la lejanía iluminada por el fuego, entre construcciones demolidas y ráfagas de lluvia, pude ver los contornos de otras enormes máquinas de guerra y las minúsculas siluetas que corrían tras de ellas.

La pequeña nave descendió en picado desde las nubes. Me lancé a bordo y nos elevamos de inmediato. Intenté volverme a mirar atrás, pero las puertas se cerraron de golpe y me precipité al interior mientras el pequeño módulo esquivaba los rayos y misiles, y ascendía hacia la nave *Tormenta de nieve*, que lo estaba esperando.

La luz de antiguos errores

Las barcas descansaban en la oscuridad del tranquilo canal, con sus contornos difuminados por la nieve apilada en montículos sobre sus cubiertas. Las superficies horizontales de los caminos, los muelles, los bolardos y los puentes levadizos también cargaban con el mismo peso nebuloso de la nieve, y los altos edificios alejados de los muelles se cernían sobre la noche, con las ventanas, los balcones y los canalones rociados con una suave línea blanca.

Kabe sabía que aquella zona de la ciudad era tranquila a casi cualquier hora, pero aquella noche parecía y estaba más calmada todavía. Podía oír sus propios pasos hundirse en la blancura virgen de la nieve. Cada uno de ellos producía una especie de crujido. Se detuvo y levantó la cabeza, aspirando el aire frío. Reinaba la calma. Nunca había visto la ciudad tan silenciosa. Supuso que la nieve la hacía parecer más callada, amortiguando cualquier ínfimo ruido que pudiera dejarse oír. Aquella noche tampoco hacía viento, lo que significaba que, en ausencia de tráfico, el canal, pese a no estar helado, estaba perfectamente inerte y silencioso, sin gorgoteos de olas.

No había iluminación alguna que se reflejase sobre la negra superficie del canal, lo que hacía parecer que las barcas reposaban sobre la nada, sobre una ausencia absoluta en la que apoyarse. Aquello tampoco era habitual. Las luces estaban apagadas en casi toda la ciudad, y en casi toda aquella cara del mundo.

Kabe miró hacia arriba. La nieve caía ahora con más suavidad. El remolino de nubes que cubría el centro de la ciudad y las montañas más alejadas se estaba disipando, revelando algunas de las estrellas más brillantes. Una tenue línea de luz iba y venía en función del movimiento de las nubes en el cielo. No había aeronaves ni buques; al menos, él no los vio. Incluso las aves parecían haber mitigado sus propias voces.

Y tampoco sonaba la música. Normalmente, en la ciudad de Aquime, siempre se oía alguna melodía procedente de un lugar u otro, si se prestaba

la suficiente atención (y Kabe tenía muy buen oído). Pero, aquella noche, reinaba un absoluto silencio.

Sometido. Ese era el término. El lugar estaba sometido. Aquella era una noche especialmente sombría («¡Esta noche, bailaréis a la luz de antiguos errores!»), había afirmado Ziller en la entrevista de aquella mañana... con cierto deleite) y ese humor parecía haber infectado a toda la ciudad, a toda la plataforma de Xaravve, en realidad, al orbital de Masaq al completo.

No obstante, pese a todo, parecía que la calma reinaba todavía más, gracias a la nieve. Kabe se quedó quieto durante un momento, preguntándose qué era lo que producía exactamente aquel silencio añadido. Era algo que había percibido ya antes, pero que nunca le había preocupado lo suficiente como para permanecer inmóvil e intentar descubrirlo. Algo relacionado con la propia nieve...

Se volvió a mirar el rastro que había dejado en el camino del canal. Tres líneas de huellas. Se preguntó lo que un humano —o cualquier bípedo— pensaría de aquellas pisadas. Seguramente, no se darían cuenta. Y, en caso de hacerlo, preguntarían y obtendrían una respuesta. El Centro se la daría: son las huellas del nuestro honorable embajador de los homomdanos: Kabe Ischloear.

Pocos misterios quedaban ya para entonces. Kabe echó un vistazo a su alrededor y luego realizó una breve danza saltando y arrastrando los pies, ejecutando los pasos con una delicadeza insólita para su peso y su tamaño. Volvió a mirar en torno a sí, aparentemente aliviado de haber escapado a cualquier observación. Estudió el rastro que sus movimientos habían dejado sobre la nieve. Aquello estaba mejor... Pero, ¿en qué habría estado pensando? En la nieve, y en su silencio.

Sí, de eso se trataba; lo que reinaba era algo parecido a una sustracción de sonido, porque todo el mundo estaba acostumbrado a que las condiciones climáticas fuesen acompañadas de algún ruido; el viento soplaba o rugía, la lluvia repiqueteaba o siseaba o, si era tan leve como para no producir por sí sola ningún sonido, al menos creaba goteos o gorgoteos. Pero la nieve, sin viento que la acompañase, parecía desafiar a la propia naturaleza; era como contemplar una pantalla con el volumen al mínimo, era como estar sordo. De eso se trataba.

Satisfecho, Kabe siguió caminando por el camino, justo cuando un montón de nieve acumulada en un tejado de un edificio alto cayó al suelo con un ruido sordo. Se detuvo, observó la larga cresta blanca que la avalancha en miniatura había creado cuando los últimos copos cayeron arremolinados a su alrededor, y se echó a reír.

Discretamente, para no perturbar el silencio.

Finalmente, las luces de una barcaza aún distante iluminaron la curva gradual del canal. Desde allí, sonaba una música suave, fácil de escuchar,

pero música al fin y al cabo. Música de fondo, como la llamaban a veces. No era el propio recital.

Un recital. Kabe se preguntaba por qué lo habían invitado. El dron de Contacto E. H. Tersono había solicitado su presencia mediante un mensaje entregado aquella misma tarde. Estaba escrito con tinta sobre una tarjeta, que también había llegado en un dron de tamaño más reducido. En realidad, era más bien una «escudilla volante». El caso era que Kabe siempre acudía al recital del Octavo Día de Tersono sin ser expresamente invitado. El hecho de haberse asegurado de su asistencia tenía que significar algo. ¿Acaso le estaban diciendo que era un acto de osadía el haber ido en ocasiones anteriores en las que no había sido específicamente avisado?

Aquello resultaría extraño; en teoría el evento estaba abierto a todo el mundo —¿Y qué no lo estaba, en teoría?— pero las costumbres de los moradores de la Cultura, especialmente de los robots, y más de los viejos, como E. H. Tersono, todavía lograban sorprender a Kabe. No había leyes ni normas escritas, pero sí un montón de sutiles... cumplimientos, conjuntos de modales, formas de comportamiento cortés. Y modas. Había modas en casi todo, desde lo más trivial hasta lo más trascendental.

Trivial: aquella tarjeta entregada en una «escudilla volante»; ¿significaba acaso que todo el mundo iba a empezar a mover invitaciones físicamente? ¿Incluso la información rutinaria de un lugar a otro, en lugar de transmitirse con normalidad mediante un familiar, un dron, un terminal o un implante? ¡Qué tediosa y ridícula idea! La clásica afectación retrospectiva de la que podrían enamorarse, durante una temporada más o menos (¡ja! Como mucho).

Trascendental: ¡vivían o morían a su antojo! Algunas de sus personalidades más ilustres anunciaron que vivirían una vez y morirían para siempre, y miles de millones así lo hicieron. Y luego se inició una nueva tendencia entre la gente que ejercía la mayor de las influencias, consistente en renovar completamente sus cuerpos o cultivar cuerpos nuevos, o trasladar sus mentes a androides réplicas o diseños aún más extraños... Bien, en realidad, a cualquier cosa, no había límites. El caso era que todo el mundo empezaría a actuar así sin medida, solo porque se había puesto de moda.

¿Qué clase de comportamiento debía esperarse de una sociedad madura? ¿La mortalidad como un estilo de vida de libre elección? Kabe conocía la respuesta de su propio pueblo. Era una locura, una infantilidad, irrespetuosa con uno mismo y con la propia vida; una especie de herejía. Él, sin embargo, no estaba tan seguro, lo que podía significar que llevaba allí demasiado tiempo, o, simplemente, que estaba manifestando la empatía terriblemente promiscua hacia la Cultura que había ayudado a atraerlo allí en primer lugar.

De aquella forma, meditando sobre el silencio, la ceremonia, las modas y su propio lugar en la sociedad, Kabe llegó a la ornada pasarela que discurría desde el muelle hasta la extravagante e iluminada barcaza ceremonial de madera dorada, la *Soliton*. Allí, la nieve estaba plagada de pisadas, cuyo rastro conducía al acceso subterráneo de un edificio cercano. Obviamente, el raro era él, que disfrutaba caminando sobre la nieve. Pero Kabe no vivía en aquella ciudad; en su hogar nunca había nieve o hielo, con lo que aquello era toda una novedad para él.

Justo antes de subir a bordo, el homomdano levantó la vista hacia el cielo nocturno, para ver una bandada de grandes aves blancas, formando una uve y volando en silencio por encima de su cabeza, sobre las jarcias de la embarcación, en dirección al interior desde el litoral del mar Alto. Las vio desaparecer tras los edificios, se sacudió la nieve del abrigo, agitó su sombrero y subió a bordo.

—Es como las vacaciones.

—¿Vacaciones?

—Sí. Vacaciones. Antes significaban lo opuesto a lo que ahora significan. Casi lo opuesto exacto.

—¿A qué te refieres?

—Oye, ¿esto se come?

—¿El qué?

—Esto.

—No sé. Muerde a ver.

—Pero se acaba de mover.

—¿Se ha movido, dices? ¿Cómo? ¿Por voluntad propia?

—Creo que sí.

—Bueno, aquí tenemos algo. Con una evolución desde un auténtico depredador como nuestro amigo Ziller, la respuesta instintiva, probablemente, sea afirmativa, pero...

—¿Qué es eso de las vacaciones?

—Ziller era...

—... lo que él decía. El opuesto exacto. Una vez, las vacaciones aludían al tiempo en que uno se marchaba.

—¿En serio?

—Sí. Recuerdo haberlo oído. Algo primitivo... de la Era de la Escasez.

—La gente tenía que hacer todo el trabajo y crear riqueza para ella misma y para la sociedad, por lo que no podía permitirse pasar mucho tiempo fuera. Así que trabajaba, más o menos, la mitad del día, la mayor parte de los días del año. Y luego tenía unos días libres asignados durante

los que podía marcharse, si había logrado ahorrar suficiente intercambio colateral...

—Dinero. La palabra técnica es dinero.

—... entre tanto. Entonces, se iban a pasar el tiempo libre a otro lugar.

—Perdón, ¿es usted comestible?

—¿En serio le estás hablando a la comida?

—No sé. Es que no sé si es comida.

—En las sociedades muy primitivas, ni siquiera tenían eso. ¡Solo tenían algunos días libres al año!

—Pero yo pensaba que las sociedades primitivas podían ser...

—Se refería a sociedades primitivas industriales. Ni caso. ¿Vas a dejar de pinchar eso? Lo vas a estropear.

—¿Pero se puede comer?

—Cualquier cosa que puedas meter en tu boca y tragártela se puede comer.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Pues pregunta, idiota.

—Lo acabo de hacer.

—¡Pero no a eso directamente! ¿Dónde está tu recordador, tu terminal, o lo que sea que tienes?

—No, es que no quería...

—Ya. ¿Se te han escapado todos de golpe?

—¿Cómo iban a hacerlo? Las cosas dejarían de funcionar si no hicieran nada al mismo tiempo.

—Ah, claro.

—Pero, a veces, tenían días en los que una especie de armazón manejaba la infraestructura. Y si no, escalonaban el tiempo en que se marchaban. Depende del lugar y del momento.

—Ajá.

—En cambio, lo que hoy definimos como vacaciones, o tiempo esencial, es el hecho de quedarnos en casa, porque de otra forma, no habría momentos de reunión. No conoceríamos a nuestros vecinos.

—En realidad, creo que no los conozco.

—Porque somos muy volátiles.

—Largas vacaciones.

—En el sentido antiguo del término.

—Y hedonista.

—Nos pica el gusanillo de movernos.

—Nos pica el gusanillo, las zarpas, las aletas, las barbas...

—Centro, ¿puedo comerme esto?

—Las bolsas de gas, las costillas, las alas, las ventosas...

—Vale, creo que la idea queda clara.
 —¿Centro? ¿Hola?
 —Las pinzas, las babas, las membranas móviles...
 —¿Te callarás de una vez?
 —¿Centro? ¿Me recibe? Mierda, no me funciona el terminal. O el Centro no contesta.
 —A lo mejor está de vacaciones.
 —Las aletas, los músculos, ¡*mmpf!* ¿Qué pasa? ¿Me he atragantado con algo?
 —Sí, con un gusanillo, creo.
 —Creo que por ahí empezamos.
 —Muy apropiado.
 —¿Centro? ¿Centro? Vaya, nunca antes me había ocurrido esto...
 —¿Embajador Ischloear?
 —¿*Mmm?*—Habían pronunciado su nombre. Kabe se dio cuenta de que debía de haberse sumido en uno de aquellos extraños estados de trance que experimentaba a veces en reuniones como aquella, cuando la conversación (o, más bien, varias conversaciones simultáneas), zumbaban de un lado al otro de forma abrumadora y lo mareaban de tal forma que no podía seguir quién decía qué a quién, y por qué.

Había descubierto que, posteriormente, solía recordar las palabras exactas que se habían pronunciado, pero todavía debía esforzarse para determinar el sentido que se ocultaba tras ellas. Pero, en el momento, se sentía extrañamente perdido. Hasta que se rompía el hechizo, como ahora, y su propio nombre lo despertaba.

Se encontraba en el salón de baile superior de la barcaza ceremonial *Soliton*, con varios cientos de individuos más, la mayoría humanos, pero no todos antropomórficos. El recital del compositor Ziller, con un antiguo mosaicordio chelgriano, había terminado hacía media hora. Había consistido en la interpretación de una pieza contenida, solemne, en concordancia con el ambiente de aquella tarde, aunque fue agradecida con entusiastas aplausos. Ahora la gente comía y bebía. Y hablaba.

Kabe estaba de pie, con un grupo de hombres y mujeres junto a una de las mesas del bufé. La atmósfera era cálida, agradablemente perfumada y amenizada con una suave música de fondo. Sobre los asistentes se alzaba una marquesina de madera y cristal, de la que emanaba una antigua forma de iluminación, a gran distancia del espectro corporal de todos, pero que otorgaba a la estancia una atractiva calidez.

El anillo de su nariz le había hablado. Cuando llegó por primera vez a la Cultura, no le había gustado la idea de tener que insertarse un transmisor de comunicaciones en el cráneo (ni en ningún otro lugar). El anillo de su

familia era prácticamente lo único que siempre llevaba consigo, por lo que le hicieron una réplica perfecta que también funcionaba como terminal de comunicaciones.

—Siento molestarlo, embajador. Aquí el Centro. Usted que está más cerca, ¿me haría el favor de decirle al señor Olsule que está hablando con un broche convencional y no con su terminal?

—Sí. —Kabe se volvió hacia un joven vestido con un traje blanco que sostenía una pieza de joyería entre las manos, con el semblante perplejo—. ¿El señor Olsule?

—Sí, ya lo he oído —repuso el hombre, observando detenidamente al homomdano. Parecía sorprendido y Kabe tuvo la impresión de que lo había confundido con una escultura o algún artículo monumental de decoración. Era algo que le ocurría con relativa frecuencia. Cuestión de magnitud y silencio, básicamente. Era una de las pegas de ser un trípodo piramidal negro y reluciente de tres metros y pico de estatura, en una sociedad de bípedos escuálidos de piel mate y dos metros de altura. El joven miró de nuevo el broche—. Hubiera jurado que era...

—Perdóneme, embajador —dijo el anillo—. Gracias por su ayuda.

—Ah, de nada.

Una centelleante bandeja se acercó flotando hasta el joven, se inclinó frente a él en una especie de reverencia y dijo:

—Hola. Aquí el Centro otra vez. Lo que tiene aquí, señor Olsule, es una pieza de azabache con forma de cerepelo, esmaltada con platino y sumitio. Del estudio de la señora Xossin Nabbar, de Sintrier, detrás de la escuela Quarafyd. Un trabajo fino de arte sustancial. Pero, desgraciadamente, no es un terminal.

—Vaya. ¿Y dónde está mi terminal, entonces?

—Se ha dejado todos los dispositivos en casa.

—¿Por qué no me han avisado?

—Usted no me lo pidió.

—¿Cuándo?

—Ciento veinti...

—Bueno, da igual. Sustituye... ejem... cambia esa instrucción. La próxima vez que salga de casa sin un terminal, que me monten un escándalo o algo.

—Muy bien. Así será.

—A lo mejor debería ponerme un cordón. Uno de esos implantes.

—Innegablemente, olvidar la cabeza sería hartamente complicado. Y, entretanto, yo le propondría uno de esos controles remotos de a bordo para acompañarlo el resto de la velada, si lo desea.

—Bien, de acuerdo. —El joven dejó el broche donde estaba y se volvió hacia la mesa del bufé—. Bueno, ¿esto se puede comer...? Vaya, se ha ido.

—Las membranas móviles —dijo la bandeja, flotando en el aire.

—¿Eh?

—Ah, Kabe, mi querido amigo. Aquí estás. Muchas gracias por venir.

Kabe se volvió sobre sus pasos para encontrarse con el dron E. H. Tersono flotando junto a él, a un nivel algo por encima de la cabeza de un ser humano y por debajo de la de un homomdano. La máquina medía poco menos de un metro de estatura, y la mitad en anchura y fondo. Su armazón rectangular con aristas redondeadas era de una delicada porcelana rosa en un entramado de petrelumen azul brillante. A través de la superficie traslúcida de porcelana, se podían apreciar los componentes internos del dron, como sombras ocultas en su piel de cerámica. Su campo de aura, confinado a un reducido volumen situado justo bajo la base plana, era un suave rubor magenta que, si Kabe no recordaba mal, significaba que estaba ocupado. ¿Ocupado hablando con él?

—Tersono —respondió—. Sí. Bueno, tú me invitaste.

—Lo hice, es cierto. Solo se me ocurrió más tarde que pudieras malinterpretar mi invitación y pensar que era una especie de citación, o incluso una reclamación imperiosa. Claro que, una vez enviada...

—Ya. ¿Quieres decir que no era una reclamación?

—Era más bien una petición. Es que tengo que pedirte un favor.

—¿Ah, sí? —Eso era toda una novedad.

—Sí. ¿Podríamos hablar en un lugar más privado?

Privado, pensó Kabe. No era una palabra que sonase demasiado en la Cultura. Posiblemente, se utilizase en el contexto sexual más que en cualquier otro. Y ni siquiera entonces.

—Por supuesto —repuso—. Te sigo.

—Gracias —dijo el dron, flotando hacia la zona de popa mientras ascendía para observar por encima de las cabezas de la gente reunida en el espacio de funciones. La máquina viró de un lado al otro, indicando claramente que estaba buscando algo o a alguien—. En realidad —dijo—, nos falta quórum... Ah. Ya estamos. Por aquí, embajador Ischloear.

Se acercaron a un grupo de humanos agrupados en torno al mahrai Ziller. El chelgriano medía tanto de largo como Kabe de alto, y estaba cubierto de pelo, que se difuminaba desde el blanco del rostro hasta el marrón oscuro de la espalda. Tenía constitución corporal de depredador, con grandes ojos penetrantes y amplias mandíbulas. Sus patas traseras eran largas y fuertes. Una cola de rayas entrelazada con una cadena de plata se escondía entre ellas.

Donde sus lejanos ancestros habían tenido dos patas medias, Ziller tenía una sola extremidad, parcialmente cubierta por un chaleco oscuro. Sus brazos eran muy similares a los de un humano, aunque estaban recubiertos de pelo dorado y terminaban en grandes manos de seis dedos, que más bien parecían pezuñas.

En cuanto él y Tersono se unieron al grupo que rodeaba a Ziller, Kabe se encontró atrapado por otro balbuceo de conversación confusa.

—Claro que no sabes a lo que me refiero. No tienes contexto.

—Absurdo. Todo el mundo tiene un contexto.

—No. Se tienen entornos o situaciones. Esto no es lo mismo. Tú existes. Eso no se puede negar.

—Vaya, pues gracias.

—Claro. De lo contrario, estarías hablando contigo mismo.

—Estás diciendo que, en realidad, no vivimos, ¿no es eso?

—Depende de lo que se entienda por vivir. Pero sí, digamos, que sí.

—Es fascinante, apreciado Ziller —dijo E. H. Tersono—. Me pregunto...

—Porque no sufrimos.

—Porque apenas parecéis capaces de sufrir.

—¡Bien dicho! Pero, ahora, Ziller...

—Bah, esa es una discusión muy antigua...

—Pero la capacidad de sufrir es la única que...

—¡Eh! Yo he sufrido. Lemil Kimp me rompió el corazón.

—Cállate, Tulyi.

—...la única que te hace sensible, o lo que sea. No es el sufrimiento en sí.

—¡Pero lo hizo!

—¿Una discusión antigua, dice, señora Sippens?

—Sí.

—¿Antigua equivale a mala?

—Antigua equivale a desacreditada.

—¿Desacreditada? ¿Por quién?

—No es quién, sino qué.

—¿Y ese «qué» es...?

—La estadística.

—Bien, pues ya lo tenemos. La estadística. Bueno, ahora, Ziller, querido amigo...

—No puedes estar hablando en serio.

—Creo que ella cree que es más seria que tú, Zil.

—El sufrimiento desfavorece más que ennoblece.

—¿Y esa aseveración deriva en su totalidad de la supuesta estadística?

—No. Verás que también se necesita inteligencia moral.

—Uno de los prerrequisitos de la sociedad civilizada, y creo que ya estamos todos de acuerdo. Escucha, Ziller...

—Una inteligencia moral que nos inculca que el sufrimiento es malo.

—No. Una inteligencia moral que se inclina por considerar malo el sufrimiento hasta que se demuestre que es bueno.

—¡Ah! Entonces admites que el sufrimiento puede ser bueno.

—Excepcionalmente.

—Ajá.

—Bien, de acuerdo.

—¿Qué?

—¿Sabías que eso funciona en varios idiomas distintos?

—¿El qué?

—Tersono —dijo Ziller, volviéndose al fin hacia el dron, que había descendido hasta la altura de sus hombros y se acercaba cada vez más, intentando atraer la atención del chelgriano a lo largo de los últimos minutos, durante los cuales, su campo de aura se había ensombrecido al azul grisáceo que denotaba una frustración reservada.

El mahrai Ziller, compositor, medio marginado, medio exiliado, se alzó de su butaca y se balanceó sobre sus ancas traseras. Su extremidad media tomó por un instante la forma de una bandeja y depositó el vaso sobre la suave superficie peluda, mientras utilizaba sus extremidades delanteras para estirar su chaleco y peinarse las cejas.

—Ayúdame —pidió al dron—. Estoy intentando hablar en serio y tu compatriota me sale con juegos de palabras.

—En ese caso, le sugiero que desista y la aborde más tarde, cuando se encuentre en un estado de ánimos más serio y menos mordaz. ¿Ya conoce al embajador Kabe Ischloear?

—Sí. Somos viejos conocidos. Embajador...

—Me honra, señor —repuso el homomdano—. No soy más que un periodista.

—Sí. Tienden a llamarnos embajadores, ¿no es cierto? Será por halagarnos.

—Sin duda. Lo hacen con buena intención.

—Aunque a veces, resultan ambiguos —dijo Ziller, volviéndose por un instante hacia la mujer con la que había estado hablando. Ella levantó su copa e inclinó ínfimamente la cabeza.

—Cuando los dos hayan terminado de criticar a sus decididamente generosos invitados... —intervino Tersono.

—Tendríamos la conversión privada a la que te referías, ¿no? —preguntó Ziller.

—Eso es. Démosle el capricho al excéntrico dron.

—Muy bien.

—Por aquí, entonces.

El dron continuó su camino, bordeando la hilera de mesas, hacia la popa de la embarcación. Ziller siguió a la máquina, aparentemente flotando sobre la cubierta, con agilidad y gracilidad sobre su gran extremidad media y sus dos fuertes patas traseras. Kabe se percató de que el compositor todavía llevaba su copa de vino en una mano. Ziller utilizó la otra para saludar a un par de personas que se inclinaron al verlo pasar.

Kabe se sintió muy pesado y torpe en comparación. Intentó erguirse al máximo, para parecer menos voluminoso, pero chocó contra un antiguo y complicado aplique que colgaba del techo.

Los tres se sentaron en una cabina de la popa de la gran barcaza, con vistas a las oscuras aguas del canal. Ziller se había plegado sobre una mesa baja, Kabe se acuclilló plácidamente sobre unos cojines que reposaban en el suelo y Tersono se acomodó sobre una silla de madera, de antiquísima apariencia. Kabe conoció al dron Tersono al inicio de los diez años que llevaba viviendo en el orbital de Masaq, y desde entonces, sabía que le gustaba rodearse de objetos antiguos, como aquella vieja barcaza y su vieja decoración, con sus viejos complementos.

Incluso la composición de la máquina recordaba a una especie de antigüalla. Generalmente, en la cultura, cuanto mayor era un dron, más edad tenía. Los primeros ejemplares, que databan de ocho o nueve mil años atrás, eran del tamaño de un humano corpulento. Los modelos siguientes habían ido menguando gradualmente hasta llegar a los drones más avanzados que, durante un tiempo, fueron lo suficientemente pequeños como para guardarlos en un bolsillo. El metro de estatura de Tersono podía sugerir que lo habían construido hacía milenios, cuando en realidad solo tenía unos siglos de edad, y el espacio extra que ocupaba se justificaba por la separación de sus componentes internos, lo que le permitía exhibir mejor la fina transparencia de su poco ortodoxo caparazón de cerámica.

Ziller terminó su copa y extrajo una pipa de su chaleco. La chupó una y otra vez hasta que empezó a salir humo de la cazoleta, mientras el dron intercambiaba comentarios con el homomdano. El compositor todavía intentaba espirar aros de humo cuando Tersono, finalmente, dijo:

—... lo que me ha llevado a solicitar la presencia de los dos hoy aquí.

—¿Y cuál es el motivo? —preguntó Ziller.

—Estamos esperando a un invitado, compositor Ziller.

Ziller miró al dron de arriba abajo. A continuación, echó un vistazo por el amplio camarote y dirigió la vista hacia la puerta.

—¿Cómo? ¿Quién? ¿Ahora? —preguntó.

—No, ahora no. Dentro de unos treinta o cuarenta días. Me temo que aún no sabemos exactamente de quién se trata. Pero será uno de los suyos, Ziller. Alguien de Chel. Un chelgriano.

El rostro de Ziller era básicamente una esfera de pelo con dos grandes ojos negros, casi semicirculares, posicionados sobre una zona nasal gris y rosada, y una boca grande, parcialmente prensil. Ahora mostraba una expresión que Kabe no había visto nunca, aunque debía reconocer que solo conocía por encima al chelgriano, y desde hacía menos de un año.

—¿Va a venir aquí? —preguntó Ziller. Su voz sonó... gélida, fue la palabra que decidió Kabe.

—Exactamente. A este orbital, y, posiblemente, a esta plataforma.

—¿Casta? —dijo, aunque más que pronunciar la palabra, la escupió.

—Uno de los.... ¿Tactados? Posiblemente un Entregado —respondió Tersono, con suavidad.

Por supuesto. El sistema de castas chelgriano. Al menos, parte de la razón por la que Ziller estaba con ellos y no allí. El compositor contempló su pipa y espiró otra bocanada de humo.

—Posiblemente un Entregado, ¿eh? —murmuró—. Todo un honor. Espero que conserven su etiqueta de una forma exquisitamente correcta. Ya pueden empezar a practicar desde ahora mismo.

—Creemos que viene a verlo a usted —dijo el dron, removiéndose en la silla sin tocarla, a la vez que extendía un campo de manipulación para tirar de las cuerdas de las cortinas doradas, bajándolas y ocultando las vistas al oscuro canal y a los muelles nevados.

—¿En serio? —Ziller golpeó suavemente con el dedo la cazoleta de su pipa, frunciendo el ceño—. Qué lástima. Estaba pensando en embarcarme en un crucero dentro de unos días. Por el espacio interplanetario. Durante medio año, como mínimo. Tal vez más largo. En realidad, ya lo tenía decidido. Espero que se comuniquen mis disculpas a cualquier diplomático autosuficiente o noble desdeñoso enviado aquí. Estoy seguro de que lo comprenderán.

—Estoy seguro de que no —murmuró el dron.

—Y yo también. Era una ironía. Pero lo del crucero es en serio.

—Ziller —dijo el dron, pausadamente—, quieren reunirse con usted. Aunque se embarque en un crucero, no le quepa duda de que lo seguirán y se encontrarán con usted en la nave.

—Y, por supuesto, no intentarán detenerlo.

—¿Cómo íbamos a hacerlo?

—Supongo que querrán que vuelva —musitó Ziller, aspirando de su pipa—. ¿Es correcto?

—No lo sabemos —respondió el dron, con el aura del color del bronce, en señal de desconcierto.

—¿De verdad?

—Compositor Ziller, le estoy diciendo todo lo que sé.

—Bien. ¿Y se le ocurre alguna otra razón para esta expedición?

—Muchas, amigo, pero ninguna de ellas es especialmente prometedora. Como ya he dicho, no lo sabemos. No obstante, si me viera obligado a especular, coincidiría con usted en que solicitar su regreso a Chel sería el motivo más probable de esta inminente visita.

Ziller mordió la cánula de su pipa con tal fuerza que Kabe pensó que se rompería.

—No pueden obligarme a volver.

—Querido Ziller, ni siquiera se nos ocurriría sugerírselo —repuso el dron—. Ese emisario puede venir con tales intenciones, pero la decisión le corresponde enteramente a usted. Es un invitado honrado y respetado, Ziller. La ciudadanía de la Cultura, en la medida en que tal cosa exista hasta cierto nivel de formalidad, es suya por poderes. Sus muchos admiradores, entre los que me incluyo, hace tiempo se la habrían otorgado por aclamación, si tal hecho no hubiera parecido un acto presuntuoso.

Ziller asintió con aire pensativo. Kabe se preguntó si aquella expresión era chelgriana por naturaleza o bien un gesto adquirido o traducido.

—Muy halagador —dijo Ziller. A Kabe le dio la impresión de que la criatura realmente intentaba sonar elegante—. Pero sigo siendo chelgriano. Aún no estoy naturalizado.

—Por supuesto. Su presencia ya es un honor suficiente. Declarar que este es su hogar ya sería...

—Excesivo —cortó Ziller. El campo de aura del dron cambió de color, adquiriendo una tonalidad similar a la del barro, que indicaba vergüenza, aunque la escasez de flecos rojos denotaba que tampoco era muy aguda.

Kabe carraspeó. El dron se volvió hacia él.

—Tersono —dijo el homomdano—, no tengo del todo claro por qué estoy aquí, pero ¿puedo preguntar si, en todo este asunto, estás hablando como representante de Contacto?

—Por supuesto que puede. Y sí, hablo en nombre de la sección de Contacto. Con plena cooperación del Centro de Masaq.

—No me faltan amigos entre mis admiradores —dijo Ziller de pronto, mirando fijamente al dron.

—¿Faltan? —dijo Tersono, con el campo de aura anaranjado—. Ya le he dicho que...

—Me refiero entre algunas de las Mentes de aquí; las naves, Tersono, dron de Contacto —repuso Ziller con frialdad. El dron se echó hacia atrás en la silla. Un poco melodramático todo aquello, a ojos de Kabe. —Podría convencer a alguno de ellos para acogerme y proporcionarme mi propio crucero privado. Un crucero en el que al emisario le costaría mucho introducirse.

El aura del dron se tornó de color púrpura. Se tambaleó sobre la silla.

—Está en su derecho de intentarlo, estimado Ziller —dijo—. Pero eso podría tomarse como un terrible insulto.

—Que los jodan.

—Sí, bueno. Me refería a nosotros. Un terrible insulto a nuestra comunidad. Terrible, en tales circunstancias, ya tristes y lamentables...

—Ah, déjame ya. —Ziller miró hacia otro lado.

Claro, la guerra, pensó Kabe. Y la responsabilidad. La sección de Contacto consideraría el asunto como algo muy delicado.

El dron, medio vaporizado en el halo púrpura, guardó silencio durante un momento. Kabe se removió en los cojines.

—El caso es —continuó Tersono— que incluso la nave más voluntariosa podría no acceder a la clase de petición que acaba de mencionar. En realidad, apostararía a que ninguna lo haría.

Ziller volvió a morder la pipa. Se había extinguido por completo.

—Lo que significa que Contacto ya lo tiene todo bien atado, ¿no es así? —preguntó.

—Digamos que se han contemplado posibilidades —dijo Tersono, temblando de nuevo.

—Digámoslo, sí. Por supuesto, siempre dando por hecho que ninguna de esas naves Mentes a las que usted hace referencia estuviera mintiendo.

—Ah, no, nunca mienten. Aparentan, evaden, prevarican, confunden, desconciertan, distraen, ocultan, distorsionan sutilmente y malentienden con lo que acostumbra a presentarse como un deleite positivo, y suelen ser perfectamente capaces de lograr darle a uno una impresión completamente inequívoca de sus futuras acciones cuando, en realidad, su intención es justo la contraria, pero nunca mienten. Donde va a parar.

Kabe se asombró de la gélida mirada que Ziller lanzó a Tersono. Incluso sintió alivio de que esos grandes ojos oscuros no se dirigieran a él. Sin embargo, el dron parecía imperturbable.

—Ya veo —prosiguió el compositor—. Bien, entonces supongo que no puedo moverme. Imagino que puedo negarme a abandonar mi apartamento.

—Por supuesto que puede. Tal vez no sea muy digno, pero está en su derecho.

—Efectivamente. Pero si no tengo alternativa, que nadie espere que sea amable y cortés. —Ziller inspeccionó la cazoleta de la pipa.

—Esa es la razón por la que he solicitado la presencia de Kabe. —El dron se volvió hacia el homomdano—. Kabe, te agradeceríamos mucho que nos ayudaras a recibir y acoger a nuestro invitado o invitada de Chel cuando aparezca. Lo haríamos a medias, posiblemente con la ayuda del Centro, si se acepta. Todavía no sabemos cuándo será exactamente ni cuánto durará la visita, pero, obviamente, si se alarga más de lo previsto, ya lo arreglaríamos sobre la marcha. —La máquina se inclinó unos grados hacia un lado en su silla de madera—. ¿Nos harías ese favor? Ya sé que es pedir mucho, y no es necesario que respondas ahora mismo. Piénsalo y, si lo deseas, solicita toda la información que quieras. Pero nos harías un gran favor, dada la reticencia del compositor Ziller, por otro lado, perfectamente comprensible.

Kabe se acomodó en los cojines y parpadeó unas cuantas veces.

—Bueno, en realidad, puedo contestar ahora mismo —repuso—. Me encantaría ayudar. —Kabe miró a Ziller. —Por supuesto, sin ánimos de molestar al mahrai Ziller...

—Todo depende —le dijo Ziller—. Si puede distraer a ese saco de bilis, también me hará un favor a mí.

El dron emitió una especie de suspiro, elevándose y descendiendo de forma mínima sobre su asiento.

—Bien, eso resulta... satisfactorio —concluyó—. Kabe, ¿podemos seguir hablando mañana? Nos gustaría informarte a lo largo de los próximos días. Nada demasiado intenso, pero, teniendo en cuenta las desafortunadas circunstancias de nuestra relación con los chelgrianos en estos últimos años, está claro que no queremos perturbar a nuestro invitado o invitada con alguna falta de conocimiento sobre sus usos y costumbres.

Ziller pronunció un sonido similar a un ¡ja!

—Por supuesto —dijo Kabe a Tersono—. Lo comprendo perfectamente. —Kabe extendió sus tres brazos—. Mi tiempo es vuestro.

—Y nuestra gratitud es tuya. Ahora —dijo la máquina, elevándose—, me temo que hemos estado aquí de charla durante tanto rato que nos hemos perdido el pequeño discurso del avatar del Centro, y si no nos apresuramos, llegaremos tarde al evento principal de la velada.

—¿Ya es tan tarde? —preguntó Kabe, levantándose también.

Ziller abrió la funda de su pipa y la guardó de nuevo en su chaleco. Se desplegó de la mesa y los tres regresaron al salón de baile, justo cuando se apagaban las luces y el techo se enrollaba con un fuerte estruendo, para dejar al descubierto un cielo de nubes finas y esparcidas, multitudes de estrellas,

y el centelleante halo de luz del lado lejano del orbital. Sobre un pequeño escenario situado en el extremo del salón, el avatar del Centro —con la forma de un humano de piel plateada— estaba de pie, con la cabeza inclinada hacia delante. El aire frío se coló entre los humanos reunidos y los demás asistentes. Todos, excepto el avatar, levantaron la vista hacia el cielo. Kabe se preguntó en cuántos lugares más de la ciudad, de toda la plataforma y de todo aquel lado del gran mundo en forma de brazaletes, se estaban produciendo escenas similares.

Kabe inclinó su enorme cabeza y miró hacia arriba, como el resto. Sabía más o menos dónde debía mirar; el Centro de Masaq llevaba insistiendo en ello los últimos cincuenta días, aproximadamente.

Silencio.

Entonces, algunos de los congregados murmuraron algo y varios de los terminales personales repartidos en aquel inmenso espacio emitieron sendos pitidos.

Y una nueva estrella brilló en los cielos. Al principio, solo era un mínimo parpadeo, pero después, el minúsculo punto de luz empezó a fulgurar cada vez con más fuerza, exactamente igual que si fuera una lámpara de intensidad regulable. Las estrellas más próximas empezaron a desaparecer, con sus débiles centelleos ahogados por el torrente de radiación que vertía la recién llegada. En unos momentos, la estrella había adquirido un resplandor homogéneo, de un color azul grisáceo que casi hacía sombra a las luces de las plataformas más lejanas de Masaq.

Kabe oyó algunas expresiones de admiración e incluso algún grito contenido.

—¡Madre mía! —dijo una mujer. Alguien sollozó.

—No es precisamente bello —murmuró Ziller, tan bajito que Kabe sospechó que solo él y el dron lo habían oído.

Todos contemplaron la escena durante unos momentos más. A continuación, el avatar de piel plateada y traje oscuro dijo:

—Gracias.

Su voz sonó hueca. No era alta, pero sí profunda, la típica voz de los avatares. Bajó del escenario y se marchó, abandonando el salón y dirigiéndose al muelle.

—Vaya, era auténtico —dijo Ziller—. Pensaba que solo se trataba de una imagen. —Miró a Tersono, que se permitió un débil resplandor de modestia aguamarina.

El techo empezó a desenrollarse, sacudiendo suavemente la cubierta bajo los tres pies de Kabe, como si los motores de la antigua barcaza se hubieran despertado de nuevo. Las luces alumbraban más bien poco; el resplandor de la nueva estrella seguía filtrándose entre las juntas del tejado, y luego a

través del cristal cuando los segmentos se hubieron cerrado definitivamente. El salón era mucho más oscuro que antes, pero la gente veía perfectamente.

Parecen fantasmas, pensó Kabe, observando a los humanos. Muchos seguían mirando a la estrella. Otros salían a la cubierta exterior. Algunas parejas y varios grupos más numerosos se reunieron, reconfortándose unos a otros.

No pensaba que fuera a afectarlos tan profundamente, pensó el homomdano. *Creía que incluso se reirían de ello. En realidad, no los conozco. Ni siquiera después de tanto tiempo.*

—Esto es casi morboso —observó Ziller, levantándose—. Me marcho a casa. Tengo trabajo que hacer. Y no precisamente porque la noticia de esta noche haya resultado inspiradora o motivadora.

—Sí —dijo Tersono—. Perdona a un dron impaciente y grosero, pero quisiera preguntarle en qué ha estado trabajando últimamente, compositor Ziller. Hace tiempo que no edita nada, pero parece que ha estado muy ocupado.

—En realidad —repuso Ziller—, se trata de una pieza por encargo.

—¿En serio? —El aura del dron adoptó varias tonalidades, en señal de sorpresa. —¿Para quién?

Kabe vio la mirada del chelgriano dirigirse brevemente hacia el escenario del que había descendido el avatar momentos antes.

—Todo a su debido tiempo, Tersono —contestó Ziller—. Pero es una composición importante, y aún falta un tiempo para su estreno.

—Ah. Qué misterioso.

Ziller se estiró, colocó una de sus peludas patas detrás de él y se relajó. Miró a Kabe.

—Sí, y si no me pongo enseguida a trabajar en ello, no llegaré a tiempo. —Se volvió hacia Tersono—. ¿Me mantendrás informado sobre el maldito emisario?

—Tendrá acceso a toda la información de la que dispongamos.

—De acuerdo. Buenas noches, Tersono. —El chelgriano hizo un movimiento de cabeza a Kabe—. Embajador.

Kabe le devolvió el mismo saludo. El dron descendió. Ziller se alejó con gráciles pasos a través de la multitud.

Kabe miró a la estrella nova, con aire pensativo.

La luz de ochocientos tres años era la que brillaba con fuerza.

La luz de antiguos errores, pensó. Así era como Ziller la había denominado en la entrevista que Kabe había escuchado aquella mañana: «Esta noche bailaréis a la luz de antiguos errores». Con la salvedad de que nadie estaba bailando.

Había sido una de las últimas grandes batallas de la guerra idirana, y una de las más feroces y de las menos contenidas, ya que los idiranos lo arriesgaron todo, incluido el oprobio de los que consideraban amigos y aliados, en una serie de intentos desesperados y brutalmente destructivos de alterar el cada vez más evidente y probable resultado de la guerra. Solamente (si la palabra pudiera utilizarse en un contexto tal) seis estrellas habían sido destruidas durante los casi cincuenta años que duró la devastadora guerra. Aquella batalla por un ínfimo tallo de porción galáctica, que se prolongó algo menos de cien años, provocó entre tanto desastre la explosión de los dos soles Portisia y Junce.

Pasó a ser conocida como la batalla de las Dos Novas, pero, realmente, lo que habían sufrido los dos soles había generado algo más que una supernova en cada uno de ellos. Ninguno de los dos astros había brillado en un sistema inhóspito. Varios mundos habían muerto, biosferas enteras se habían extinguido y miles de millones de criaturas pensantes habían sufrido—aunque brevemente—y perecido en aquellas catástrofes gemelas.

Los idiranos habían cometido los actos, los bautizados como «atroces crímenes»; su monstruoso armamento, incomparable al de la Cultura, se había ensañado primero con una de las estrellas y después con la otra. Aún así, podía afirmarse que la Cultura podría haber prevenido lo que ocurrió. Los idiranos intentaron demandar la paz en varias ocasiones previas al inicio de la batalla, pero la Cultura persistió en el intento de la rendición incondicional, de forma que la guerra había proseguido y los dos astros habían muerto.

Ya hacía tiempo de aquello. La guerra había finalizado ochocientos años antes y la vida continuó. Pero la verdadera luz espacial llevaba todos aquellos siglos arrastrándose a través de la distancia intermedia, y dado su parámetro relativístico, ahora era cuando los astros debían estallar, y aquel era justo el momento de la muerte de aquellos miles de millones de seres, mientras la deslumbrante cáscara de luz invadía el sistema de Masaq.

La Mente que era el Centro del orbital de Masaq tenía sus razones para querer conmemorar la batalla de las Dos Novas, y había solicitado tolerancia por parte de sus habitantes, anunciando que, durante el intervalo que transcurriera entre la primera nova y la segunda, llevaría a cabo su propia forma de luto, aunque sin que ello afectase al cumplimiento de sus obligaciones. Había dado a entender que habría un evento conmemorativo para definir el fin de aquel periodo, aunque aún no se había revelado la forma exacta que tomaría.

Kabe sospechaba que, a aquellas alturas, ya lo sabía. Se encontró mirando involuntariamente hacia la dirección que Ziller había tomado, cuando su presencia se había esfumado momentos antes, tras preguntarle quién le

había encargado cualquiera que fuese la composición en la que estaba trabajando.

Todo a su debido tiempo, pensó Kabe. Aquellas habían sido las palabras de Ziller.

Para aquella noche, el Centro solo había deseado que la gente mirase al cielo y viese la repentina y silenciosa luz, y pensase; tal vez que contemplase el acontecimiento durante un rato. Kabe tenía cierta esperanza de que los habitantes del orbital no le diesen el suficiente valor y prosiguiesen con sus ocupadas vidas individuales, pero, aparentemente, y allí por lo menos, el deseo del Centro se había cumplido.

—Todo muy lamentable —dijo el dron E. H. Tersono a Kabe, emitiendo el sonido de un suspiro. A Kabe le sonó casi sincero.

—Cuando menos, revulsivo para todos nosotros —coincidió Kabe. Sus propios ancestros habían sido mentores de los idiranos, junto a quienes lucharon en las primeras batallas de aquella antigua guerra. El homomdano sentía el peso de sus propias responsabilidades con la misma intensidad con que la Cultura sentía el suyo.

—Intentamos aprender —dijo Tersono—, pero seguimos cometiendo errores.

Kabe sabía que ahora hablaba de Chel, de los chelgrianos y de la guerra de Castas. Se volvió y miró de frente a la máquina mientras la gente seguía marchándose bajo aquella fantasmagórica y homogénea luz.

—Siempre se puede no hacer nada, Tersono —repuso—. Aunque tales trayectorias siempre conllevan sus propios lamentos.

A veces soy demasiado simplista —pensó Kabe—, les digo con demasiada exactitud lo que quieren escuchar.

El dron se inclinó hacia atrás, para hacer patente que estaba mirando al homomdano. Pero no medió palabra.

Tormenta de nieve

El casco de los restos de la nave se inclinaba en todas direcciones, torciéndose hacia un lado, luego hacia el otro, y arqueándose hacia arriba. Había luces empotradas en el centro de lo que se había transformado en el techo, justo encima del peculiar suelo vidriado; los reflejos centelleaban desde la cristalina y arremolinada superficie distorsionada, y desde los muñones de equipamiento inidentificable que sobresalían por encima.

Quilan intentó encontrar un lugar donde mantenerse en pie, donde le pareciera que distinguiría sobre qué se mantenía en pie y, a continuación, desconectó el campo antigravitatorio de su traje y posó los pies sobre la superficie. Resultaba difícil de determinar por culpa de las botas, pero parecía que el tacto del suelo era lo que aparentaba ser: cristal. La rotación del armazón había producido lo que parecía un cuarto de gravedad. Quilan palpó las cintas de sujeción de su abultada mochila.

Miró a su alrededor y levantó la vista. La superficie interior del armazón parecía muy deteriorada. Había varias hendiduras y una serie de orificios dispersos, algunos circulares y otros elípticos, pero todos bastante simétricos y pulidos, como parte del diseño; ninguno atravesaba por completo el material y ninguno era desigual. La única abertura que conducía al exterior estaba justo en el morro de la nave, a setenta metros de su posición, aproximadamente en el centro de la masa de suelo en forma de cuchara. El armazón había sido perforado semanas antes para facilitar el acceso una vez que el casco se había situado y asegurado. De esa forma fue como consiguió entrar.

Quilan vio varias secciones desteñidas en la superficie del armazón que no tenían buen aspecto, así como varios tubos y cables colgando, cerca que las luces recién emplazadas. Una parte de él se preguntó para qué se habrían molestado con aquello. El interior de la nave había sido evacuado, abierto al

espacio; nadie habría llegado hasta allí sin un traje completo, con su concomitante equipamiento sensorial que hacía que las lámparas resultasen totalmente innecesarias. Quilan miró al suelo. Tal vez los técnicos eran supersticiosos, o simplemente, sensibles. La iluminación convertía a aquel lugar en algo menos intimidatorio, menos hechizado.

Podía entender que deambular por allí con la única compañía de las radiaciones ambientales, que afectaban a los sentidos magnificados, podía provocar terror a cualquiera que tuviese una naturaleza sensible. Habían encontrado la mayor parte de lo que esperaban hallar, suficiente como para salvar a dos mil almas más. Pero, claramente, no era lo bastante como para satisfacer sus propias esperanzas. Echó otro vistazo. Parecía que habían retirado todo el equipamiento sensorial y de monitorización que habían empleado para inspeccionar los restos de la nave privada Tormenta de nieve.

A través de sus botas, Quilan sintió una sacudida. Miró hacia un lado, justo en el momento en que la proa de la nave se recolocaba en su lugar. Encerrado en aquel buque de la muerte. Por fin.

~ *Aislamiento establecido, dice* —dijo una voz en su cabeza. La máquina de su mochila produjo una leve vibración.

~ *Dice que la proximidad de los sistemas del traje interfiere con sus instrumentos. Tendrás que desconectar tu comunicador. Ahora dice: por favor, retire la mochila de su espalda.*

~ ¿Podremos seguir hablando?

~ *Tú y yo podremos seguir hablando entre nosotros, y la nave podrá seguir hablando conmigo.*

~ De acuerdo —respondió Quilan, descolgándose la mochila—. ¿Las luces están bien?

~ *Son solo luces, nada más.*

~ ¿Dónde puedo poner... —empezó a decir, pero la mochila empezó a tornarse ligera en sus manos y a apartarse de él.

~ *Quiere saber si tiene su propia fuerza motriz* —le informó la voz de su cabeza.

~ Por supuesto que sí. Dile que vaya rápido, ¿de acuerdo? Dile que tenemos presión temporal porque hay un buque de guerra de la Cultura que se dirige hacia nuestra posición, para...

~ *¿Crees que eso supondrá alguna diferencia, comandante?*

~ No lo sé. Dile también que tenga precaución.

~ *Quilan, creo que se limitará a hacer lo que deba hacer, pero si realmente quieres que...*

~ No. No; lo siento. No lo hagas.

~ *Sé que esto es muy duro para ti, Quil. Te dejaré a solas un rato, ¿de acuerdo?*

~ Bien. Gracias.

La voz de Huyler se desconectó. Daba la impresión que un mínimo zumbido en la frontera del oído hubiera desaparecido de pronto.

Quilan miró al dron militar durante un momento. La máquina era de color gris argentado y de aspecto bastante anodino, como la mochila de un traje espacial antiguo. Flotaba en silencio, aproximadamente a un metro del suelo, en dirección al extremo más cercano de la nave para iniciar el patrón de búsqueda.

Quilan pensó que sería pedir demasiado. Las posibilidades eran demasiado remotas. Ya era un pequeño milagro el haber descubierto algo en aquel desalentador entorno y el poder rescatar a aquellas almas de semejante destrucción una segunda vez. Pedir más... probablemente no tenía sentido, pero era natural.

¿Qué criatura inteligente dotada de juicio y sentimiento iba a actuar de otro modo? Siempre se quiere más. Siempre se dan por sentado los éxitos pasados y se asume que marcan el camino hacia futuros triunfos. Pero el universo no tiene en cuenta los intereses de las distintas civilizaciones, y pretender que así sea sería cometer el más calamitoso y craso de todos los errores.

Tener la esperanza que albergaba Quilan, una esperanza contra toda probabilidad y estadística, y en aquel contexto, también contra el propio universo, era algo lógico, pero también vano. El animal que había en él ansiaba algo que su cerebro superior sabía que no ocurriría. Y aquel era el punto central en el que se encontraba, el frente en el que sufría: la lucha de las simplicidades químicas del cerebro inferior, con su deseo en contra de la fulminante realidad, refugiada en la conciencia. Ninguno de los dos bandos podía rendirse ni ganar terreno. El fragor de la batalla le ardía en la mente.

Se preguntó si, pese a lo que habían dicho, Huyler podía escuchar algún indicio de todo aquello.

~ Todas las pruebas confirman que la interfaz se ha recuperado completamente. Se han completado todas las comprobaciones de errores. Ahora está lista para la interacción y la descarga —anunció la hermana técnica. Parecía que pretendía sonar más a máquina que las propias máquinas.

Quilan abrió los ojos y parpadeó. Miró hacia la luz durante un segundo. Los auriculares que llevaba solo eran visibles desde el rabillo de los ojos. La butaca reclinada sobre la que descansaba era firme, pero

confortable. Se encontraba en las instalaciones médicas de la nave templo *Piedad*, de las Hermanas Mendicantes. A través de los relucientes e impecables estantes de productos y equipamientos médicos, cerca de un lado de algo sucio y abollado del tamaño de una cabina de refrigeración doméstica, la hermana técnica que le hablaba era una jovencita de expresión grave en el rostro, cubierta de pelo marrón oscuro y con la cabeza parcialmente afeitada.

~ Voy a descargarlo ahora mismo —continuó—. ¿Quiere interactuar inmediatamente?

~ Sí, quiero.

~ Un momento, por favor.

~ Espere. ¿Qué es lo que va a... experimentar?

~ Conciencia. Visión, alimentada a través de su cámara. —La hermana palpó una minúscula vara que sobresalía de sus auriculares—. Oído, en forma de la voz que usted emite. ¿Continúo?

~ Sí.

Se oyó la mínima expresión de un siseo, y luego una profunda voz masculina que dijo, en tono adormilado:

~ ... siete, ocho... nueve... ¿Hola? ¿Qué? ¿Qué sitio es este? ¿Qué es esto? ¿Dónde...? ¿Qué ha pasado?

Era una voz que pasó de una farfullada somnolencia a una atemorizada confusión, y, a continuación, a un determinado grado de control, en tan solo unas cuantas palabras. Sonaba más joven de lo que Quilan esperaba. Imaginó que tampoco era necesario que sonase mayor.

~ Sholan Hadesh Huyler —respondió pausadamente—. Bienvenido de nuevo.

~ ¿Quién es? No puedo moverme. —Aún quedaba un rastro de incertidumbre y ansiedad en la voz—. *Esto no es... el más allá, ¿verdad?*

~ Mi nombre es comandante Quilan IV de Itirewein Llamado-a-Armas-de-Entregados. Siento que no pueda moverse, pero no se preocupe. Su interfaz de personalidad todavía se encuentra en el sustrato original en el que fue almacenado, en el Instituto de Tecnología Militar de Cravynir, en Aorme. En estos momentos, está en un sustrato de a bordo de la nave templo *Piedad*, que orbita en torno a una luna del planeta Reshref Cuatro, en la constelación del Arco, junto con los restos del transbordador estelar *Tormenta de nieve*.

~ Ajá. Bien. Y dice que es usted comandante. Yo era almirante general. Lo supero en jerarquía.

Ahora la voz se controlaba a la perfección. Mantenía el tono profundo, pero era tajante. La voz de alguien acostumbrado a dar órdenes.

- ~ Su rango era superior al mío al morir, sin duda, señor.
La hermana técnica ajustó algo en la consola que tenía delante.
- ~ *¿De quién son esas manos? Parecen femeninas.*
- ~ Pertenece a la hermana técnica que cuida de nosotros. La perspectiva de usted nace de unos auriculares que lleva puestos.
- ~ *¿Puede oírme?*
- ~ No.
- ~ *Pídale que se los quite y me muestre su aspecto.*
- ~ *¿Está...?*
- ~ Por favor, comandante.
- Quilan se oyó suspirar. Pidió a la hermana técnica lo que Huyler le había solicitado. Ella lo hizo, pero con expresión de preocupación.
- ~ *Tiene un aspecto agrio, francamente. Podía no haberme empeñado en verla, la verdad. Bien, entonces, ¿qué ha ocurrido, comandante? ¿Qué estoy haciendo aquí?*
- ~ Han sucedido muchas cosas. Tendrá un informe histórico completo a su debido tiempo.
- ~ *¿Fecha?*
- ~ Nueve de primavera de 3455.
- ~ *¿Sólo han pasado ochenta y seis años? Pues me esperaba más. Dígame, ¿por qué me han resucitado?*
- ~ Francamente, no lo tengo muy claro.
- ~ *Entonces, francamente, creo que debería ponerme en contacto rápidamente con alguien que realmente lo sepa.*
- ~ Ha habido una guerra, señor.
- ~ *¿Una guerra? ¿Contra quién?*
- ~ Contra nosotros mismos. Una guerra civil.
- ~ *¿Relacionada con las castas?*
- ~ Sí, señor.
- ~ *Supongo que era de esperar. Entonces, ¿he sido reclutado? ¿Los muertos se utilizan como reservas?*
- ~ No, señor. La guerra ha terminado. Actualmente, estamos viviendo un periodo de paz, pero habrá cambios. Hubo una tentativa de rescatarlo a usted y a las otras personalidades almacenadas en el sustrato del Instituto Militar durante la guerra, en el que yo también participé, pero que solo tuvo éxito de forma parcial. De hecho, hasta hace unos días, pensábamos que había sido un fracaso absoluto.
- ~ *Entonces, ¿me han devuelto a la vida para apreciar las glorias manifiestas del nuevo orden? ¿Para reeducarme? ¿Para reparar incorrecciones pasadas? ¿O qué?*

~ Nuestros superiores creen que puede ayudar en una misión a la que ambos nos enfrentamos.

~ *¿Ambos? Ajá. Exactamente, ¿de qué misión se trata, comandante?*

~ Por el momento, no puedo avanzar nada, señor.

~ *Parece preocupantemente ignorante para ser el que maneja los hilos aquí.*

~ Lo siento. Creo que mi actual falta de conocimiento podría deberse a un procedimiento de seguridad. Pero me parece que su experiencia y habilidad con respecto a la Cultura podrían resultar de gran ayuda.

~ *Mis ideas sobre la Cultura eran políticamente impopulares incluso cuando estaba vivo. Precisamente, esa fue una de las razones por las que me ofrecieron almacenarme en Aorme en lugar de morir e ir al cielo, o darme cabezazos contra alguna pared de la sede de las Fuerzas Combinadas de Inteligencia. ¿Me está diciendo que los jefazos han cambiado de idea respecto a mí?*

~ Es posible. Quizá sus conocimientos sobre la Cultura han demostrado ser de utilidad.

~ *¿Incluso pese a tener ocho décadas y media de antigüedad?*

Quilan hizo una breve pausa, tras la que expresó algo que llevaba preparando varios días, desde que habían redescubierto el sustrato.

~ Ha costado mucho esfuerzo y dedicación recuperarlo a usted y prepararme a mí para mi misión. Espero que todo ese trabajo no haya sido en vano o vaya a desperdiciarse.

Huyler guardó silencio durante un momento.

~ *En esa máquina del Instituto, había otros quinientos a mi lado. ¿Ellos también han vuelto?*

~ La cifra final de almacenados rondaba el millar, pero sí, todos parecen haber cruzado, aunque usted es el único que ha sido revivido hasta el momento.

~ *Bien, soldado. Entonces podría empezar contándome qué es lo que sabe sobre esta misión.*

~ Solo conozco lo que podría definirse como la historia «tapadera», señor. Me han inducido a olvidar el auténtico objetivo de la misión por ahora.

~ *¿Cómo?*

~ Es una medida de seguridad. Le contarán todos los detalles de la misión y usted no los olvidará. Y yo debería ir recordando gradualmente cuál es mi cometido, pero en caso de que algo fallase, usted sería la reserva, la copia de seguridad.

~ *¿Temen que alguien pueda leer su mente, comandante?*

- ~ Supongo que sí.
- ~ *Aunque, por supuesto, la Cultura no hace esas cosas.*
- ~ Eso nos han dicho.
- ~ *Precaución absoluta, ¿no? Debe de tratarse de una misión importante. Aunque, si puede recordar que tiene una misión secreta...*
- ~ Me han informado formalmente de que también olvidaré eso en un día o dos.
- ~ *Bueno, suena muy interesante. ¿Cuál será la historia tapadera, entonces?*
- ~ Yo acudiré a una misión cultural diplomática en uno de los mundos de la Cultura.
- ~ *¿Una misión cultural Cultural?*
- ~ En cierto sentido, sí.
- ~ *Era broma, hijo. Relaje un poco ese congelado esfínter, ¿quiere?*
- ~ Lo siento, señor. Necesito su aprobación para emprender la misión y para transferirlo a otro sustrato de mi interior. Es un proceso que puede llevar cierto tiempo.
- ~ *¿A otra máquina que está dentro de usted, dice?*
- ~ Sí, señor. Hay un dispositivo dentro de mi cráneo, diseñado para aparentar ser un Guardián de Almas corriente, pero que puede almacenar su personalidad.
- ~ *Pues no tiene usted la cabeza tan grande, comandante.*
- ~ El dispositivo no mide más de un dedo, señor.
- ~ *¿Se puede hacer algo tan inteligente y tan pequeño?*
- ~ Sí, señor, se puede. Pero, probablemente, no es el momento de entrar en detalles técnicos.
- ~ *Le ruego me disculpe, comandante, pero, para un soldado de la vieja escuela, la guerra en general y las misiones en particular se basan casi en su totalidad en los detalles técnicos. Además, me está presionando, hijo. Usted tiene la sartén por el mango. Yo tengo ochenta y seis años que recuperar, y ni siquiera sé si me está diciendo la verdad. Todo lo que me cuenta suena muy, pero que muy sospechoso. Y eso de ser transferido dentro de usted... ¿me está diciendo que ni siquiera voy a tener mi propio cuerpo?*
- ~ Siento que no haya habido más tiempo para informarle, señor. Pensábamos que lo habíamos perdido. Dos veces, en cierto modo. Cuando descubrimos que su sustrato había sobrevivido, ya me habían encomendado mi misión. Y sí, su consciencia será completamente transferida al sustrato del interior de mi cuerpo. Usted tendrá acceso a todos mis sentidos y podremos comunicarnos, aunque usted no podrá controlar mis movimien-

tos a menos que yo quede profundamente inconsciente o sufra una muerte cerebral. El único detalle técnico que conozco es que el dispositivo es una matriz de nanoespuma cristalina que está enlazada con mi cerebro.

~ *Entonces, ¿solo me necesitan para acompañarlo? ¿Qué mierda de perfil de misión es ese? ¿Para quién trabaja, comandante?*

~ Será una experiencia novel para ambos, señor. Para mí, todo un privilegio. Crean que su presencia y sus consejos aumentarán las posibilidades de éxito de la misión. En cuanto a su última pregunta, he sido entrenado e informado por un equipo dirigido por estodien Visquile.

~ *¿Visquile? ¿Ese viejo horror todavía vive? Lo llevo claro.*

~ Le manda saludos, señor. Tengo una comunicación personal y privada suya dirigida a usted.

~ *Usted dirá, comandante.*

~ Señor, se nos ocurrió que desearía algo más de tiempo para...

~ *Comandante Quilan, me da la impresión de que me están arrastrando a algo bastante sospechoso. Seré sincero con usted, joven; no es probable que acepte tomar parte en su misión desconocida, incluso tras escuchar el mensaje de Visquile, pero tenga claro que no lo haré ni por casualidad si no oigo cualquier gilipollez que ese tipejo quiera decirme. ¿Me he explicado con claridad?*

~ Con una claridad extrema, señor. Hermana técnica, ¿podría hacer el favor de reproducir el mensaje de estodien Visquile a Hadesh Huyler?

~ En proceso —respondió ella.

Quilan se quedó a solas con sus pensamientos. Se percató de lo tensa que había sido la comunicación con el fantasma de Hadesh Huyler, y relajó deliberadamente su cuerpo, destensó los músculos y estiró la espalda. De nuevo, su mirada se posó sobre las relucientes superficies de las instalaciones médicas, pero lo que estaba viendo era el interior del casco de la nave *Tormenta de nieve*.

Ya había estado a bordo una vez, mientras aún intentaban localizar y extraer el alma de Huyler de entre las otras mil almacenadas dentro del sustrato recuperado, que habían situado en los restos de la nave con un dron militar especialmente adaptado. Le habían prometido que, posteriormente, si había tiempo, le permitirían regresar allí junto con aquel dron para intentar rastrear otras almas que las búsquedas originales hubieran podido pasar por alto.

Pero el tiempo se estaba agotando. Le había llevado tiempo obtener el permiso para lo que quería hacer, y a los técnicos militares les estaba llevando tiempo la realización de los ajustes de la máquina. Mientras tanto, les habían comunicado que el buque de guerra de la Cultura estaba de

camino, a tan solo unos días de allí. En aquellos momentos, los técnicos se mostraban pesimistas ante la perspectiva de poder terminar el dron a tiempo.

La imagen del malogrado casco de la nave parecía haber quedado incrustada en su cerebro.

~ *¿Comandante Quilan?*

~ *¿Señor?*

~ *Solicitamos permiso para la introducción.*

~ *Concedido, señor. ¿Hermana técnica? Transfiera a Hadesh Huyler al sustrato del interior de mi cuerpo.*

~ *Ahora mismo —contestó ella—. En proceso.*

Quilan se había preguntado varias veces si sentiría algo. Y así fue: un cosquilleo, y luego una sensación de calor en la nuca. La hermana técnica le mantuvo informado durante todo el proceso; la transferencia marchaba bien y tardaba unos dos minutos. La comprobación de que todo estaba en orden llevó el doble de tiempo.

Qué extraños destinos sueñan nuestras tecnologías para nosotros —pensó mientras estaba allí tumbado—. Aquí estoy yo, un macho embarazado del fantasma de un viejo soldado muerto, para viajar juntos más allá de los límites de una luz más antigua que nuestra civilización, y desempeñar una tarea para la que llevo formándome durante casi un año y sobre la que, actualmente, apenas tengo conocimiento.

Su nuca se estaba enfriando. Pensó que la temperatura de su cabeza había aumentado ligeramente con respecto a hacía unos minutos. Tal vez fueran imaginaciones suyas.

Pierdes a tu amor, tu corazón, tu verdadera alma —pensó— y ganas... «un destructor terrestre» —la escuchó decir, con falsedad, con alegría, dentro de su mente, mientras el cielo empapado por la lluvia centelleaba sobre ella y el gran peso lo inmovilizaba del todo. Ciertos recuerdos de aquel dolor y desesperación le llenaron los ojos de lágrimas.

~ *Proceso completado.*

~ *Probando, probando —dijo la voz seca y lacónica de Hadesh Huyler.*

~ *Hola, señor.*

~ *¿Está bien, hijo?*

~ *Sí, señor.*

~ *¿Le ha dolido, comandante? Parece algo... molesto.*

~ *No, señor. Es solo un antiguo recuerdo. ¿Cómo se siente?*

~ *Bastante raro, la verdad. Me atrevería a decir que me acostumbraré. Parece que todo se está poniendo en su sitio. Mierda, esa técnica no tiene mejor aspecto a través de unos ojos que el que tenía a través de una cámara.*

Por supuesto, Huyler podía ver lo que veía Quilan. Antes de que este pudiera responder, Huyler añadió:

~ *¿Seguro que está bien?*

~ Afirmativo, señor. De verdad.

Quilan permaneció de pie en el interior del casco de la nave *Tormenta de nieve*. El dron militar rastreaba de un lado al otro, casi tocando el suelo llano, siguiendo un patrón de rejilla. Pasó sobre el hoyo por donde habían arrancado el sustrato de Aorme.

A lo largo de los dos días que habían transcurrido desde el hallazgo del sustrato, Quilan había convencido a los técnicos de que merecía la pena recalibrar al dron para que buscara sustratos de menor tamaño del de Huyler, sustratos de la talla de un Guardián de Almas, en realidad. Ya habían llevado a término un rastreo estándar, pero era necesario intentar echar un vistazo más minucioso. Las Hermanas Mendicantes de la nave templo lo habían ayudado a convencerlos: cualquier oportunidad de rescatar un alma debía aprovecharse en todo su potencial.

No obstante, cuando el dron ya estuvo preparado, la nave de la Cultura que debía transportarlo en la primera etapa de su viaje ya estaba empezando a aminorar la marcha. El dron militar tendría tiempo para un solo rastreo. Nada más que uno.

Quilan lo observó detenidamente, siguiendo la cuadrícula invisible sobre el suelo llano. Miró a través del agujereado casco de la nave.

Intentó recrear en su mente el interior del buque, cómo era cuando estaba intacto, y se preguntó en qué zona había estado ella, por dónde se había movido y dónde había apoyado la cabeza para dormir en la falsa noche de la nave.

Las unidades principales de control podían haber estado allí arriba, ocupando la mitad del espacio del buque, el hangar para las naves pequeñas en popa, las cubiertas a un lado y al otro, las cabinas individuales aquí o allá...

Quilan pensó que tal vez todavía existía una posibilidad, quizá los técnicos se habían equivocado y todavía quedaba algo por encontrar. El casco de la nave solo se mantenía gracias a alguna forma de energía. Todavía no comprendían todo respecto a aquellos inmensos buques. Tal vez en algún lugar, entre todos aquellos restos...

La máquina flotó hacia él, con el reflejo de las parpadeantes luces del techo sobre su caparazón. Quilan la miró.

~ *Siento interrumpir, Quil, pero quiere que te apartes de en medio.*

~ Por supuesto. Lo siento. —Quilan se retiró a un lado, con un nivel decente de agilidad, esperaba. Llevaba tiempo sin ponerse un traje.

~ *Te dejaré solo de nuevo.*

~ No, no hace falta. Hable, si quiere hablar.

~ *De acuerdo. Me estaba preguntando...*

~ ¿El qué?

~ *Llevamos mucho tiempo haciendo trabajos técnicos y de calibración, pero no hemos tocado ninguna de las suposiciones básicas que se han creado aquí, como, por ejemplo, ¿es realmente cierto que podemos oírnos cuando hablamos así, pero no cuando pensamos? La distinción me parece demasiado sutil.*

~ Bueno, eso es lo que nos han dicho. ¿Por qué lo pregunta? ¿Ha sentido alguna especie de...?

~ *No. Es solo que, cuando miras algo a través de los ojos de otra persona y piensas algo, al rato empiezas a preguntarte si lo que has pensado es real o se trata de alguna especie de telepatía de lo que piensa el otro.*

~ Creo que entiendo a lo que se refiere.

~ *Entonces, ¿podemos comprobarlo?*

~ Supongo que sí, señor.

~ *De acuerdo. A ver si capta lo que estoy pensando.*

~ Señor, no creo... —Pensó, pero se hizo un silencio, como si sus propios pensamientos se hubieran cortado. Esperó unos segundos más. Y luego otros tantos. El dron continuaba con su patrón de búsqueda, cada vez alejándose más de él.

~ *¿Y bien? ¿Ha captado algo?*

~ No, señor. Escuche, yo...

~ *No sabe lo que se ha perdido, comandante. Bien, su turno. Adelante, piense en algo. Cualquier cosa.*

Quilan suspiró. La nave enemiga... no, mejor no pensar en ellos de ese modo... El buque podía estar al caer. Sintió que lo que Huyler y él estaban haciendo en aquellos momentos era una completa pérdida de tiempo, pero, por otro lado, no podían hacer nada para que el dron desempeñase su tarea con mayor rapidez, de forma que tampoco estaban desperdiciando nada. En realidad, qué más daba.

Le pareció un intervalo extraño, el hecho de encontrarse en aquel mausoleo hermético, de pie en medio de aquella desolación, con otra mente dentro de la suya, intercambiando ausencias frente a una misión sobre la que apenas sabía nada.

Y también pensó en la larga avenida de la antigua Briri, en otoño, cuando ella caminaba sobre las alfombras ámbar de hojas secas, desatando explosio-

nes doradas de hojas en el aire. Pensó en la ceremonia de su boda, en los jardines de la finca de su padre, en el reflejo del puente ovalado sobre el lago. Mientras pronunciaban los votos, una ráfaga de viento procedente de las colinas había enturbiado y borrado aquella imagen, mientras se llevaba algunos sombreros y hacía volar la sotana del sacerdote. Pero la misma brisa fuerte, con aroma a primavera, había acariciado las copas de los árboles y esparcido una nube de flores blancas que cayó en torno a ellos como si fuera nieve.

Varios de los pétalos seguían reposando sobre su pelo y sus pestañas al final del oficio, cuando él se volvió hacia ella, retiró su cinturón ceremonial y el de su esposa, y la besó. Sus amigos y familiares prorrumpieron en vítores; lanzaron sombreros al aire, algunos de los cuales fueron atrapados por una nueva racha de viento y terminaron posándose en el lago y navegando a través de las pequeñas olas, como una exquisita flotilla de navíos de vivos colores.

Pensó de nuevo en su rostro, en su voz, en aquellos últimos momentos. *Vive por mí*, le había pedido y hecho prometer. ¿Cómo iban a saber que sería una promesa que ella nunca podría mantener y que él viviría para seguir recordando?

La voz de Huyler lo interrumpió.

~ *¿Ha pensado en algo, comandante?*

~ Sí, señor. *¿Ha captado algo?*

~ *No. Solo aspectos fisiológicos. Parece que seguimos teniendo cierto grado de privacidad. Ah; la máquina dice que ya ha terminado.*

Quilan miró al dron, que había llegado al otro extremo del suelo de la nave.

~ *¿Qué es lo que...? Huyler, ¿puedo hablar directamente con esa cosa?*

~ *Creo que puedo arreglarlo, ahora que ha terminado. Pero yo podré oír de todas formas.*

~ No me importa. Yo sólo...

~ *Aquí. Prueba.*

~ *¿Máquina? ¿Dron?*

~ *Sí, comandante Quilan.*

~ *¿Hay otras personalidades aquí, en algún lugar del casco de la nave?*

~ No. Solo la que me encargaron rescatar antes, que ahora comparte coordenadas con usted, la del almirante general Huyler.

~ *¿Seguro? —preguntó Quilan, intentando disimular cualquier atisbo de esperanza y desesperación que pudiera teñir sus palabras.*

~ Sí.

~ *¿Y en el material del propio casco?*

~ Eso no es relevante.

~ ¿Lo has escaneado?

~ No puedo. No está abierto a mis sensores.

La máquina era meramente inteligente, pero no sensible. Con toda probabilidad, no habría podido reconocer las emociones latentes tras las palabras de Quilan, aunque estas se hubieran hecho notar.

~ ¿Estás absolutamente seguro? ¿Lo has escaneado todo?

~ Estoy seguro, sí. Las únicas tres personalidades presentes en el casco de la nave, en cualquier forma apreciable para mis sentidos, son usted, la personalidad a través de la cual me comunico con usted, y la mía propia.

Quilan miró hacia el suelo que yacía bajo sus pies. Estaba claro que no había esperanza.

~ De acuerdo —dijo—. Gracias.

~ No hay de qué.

Al final, se había marchado definitivamente y para siempre. Había desaparecido de una forma nueva, sin lo reconfortante de la ignorancia, y sin apelación. Antes, creíamos que el alma podía salvarse. Ahora, nuestra tecnología, nuestra comprensión ampliada del universo y nuestra vanguardia en el más allá nos han robado nuestras irreales esperanzas y las han remplazado con sus propias normas y leyes, con su propia álgebra de salvación y continuidad. Nos han proporcionado un ápice de cielo, y han intensificado la realidad de nuestra desesperación cuando sabemos que existe realmente y que no encontraremos allí a aquellos a quienes amamos.

Quilan encendió su comunicador. Había un mensaje. «Están aquí», rezaban las letras en la pequeña pantalla del traje. Era de hacía once minutos. Había transcurrido más tiempo del que había calculado.

~ *Parece que ha llegado nuestro transporte.*

~ Sí. Les haré saber que estamos listos.

~ *De acuerdo, comandante.*

—Aquí el comandante Quilan —transmitió—. Comprendo que nuestros invitados han llegado.

—Comandante. —Era la voz del coronel Ustremi, dirigente principal de la misión—. ¿Todo bien?

—Todo bien, señor. —Quilan miró a través del suelo vidriado y echó un rápido vistazo a su alrededor—. Todo bien.

—¿Encontraste lo que estabas buscando, Quil?

—No, señor.

—Lo siento, Quil.

—Gracias, señor. Podemos abrir de nuevo la escotilla. La máquina ya ha terminado su trabajo. A ver si los técnicos pueden encontrar algo excavando.

—De acuerdo. Procedemos a la apertura. Uno de nuestros invitados quiere entrar a saludar.

—¿Aquí? —preguntó Quilan, observando cómo se desplazaba el minúsculo cono en la proa de la nave.

—Sí. ¿Hay algún problema?

—No, supongo que no. —Quil miró de nuevo al dron, que flotaba en el aire, en el punto en el que había concluido su búsqueda—. Dígale a su máquina que se desconecte primero, ¿de acuerdo?

—Dron.

El dron militar se posó sobre el suelo.

—De acuerdo. Ya pueden entrar.

La silueta apareció entre la oscuridad de la escotilla abierta. Parecía humana, pero podía no serlo; un hombre no habría sobrevivido mejor que él en aquel desastre sin un traje adecuado.

Quilan subió el aumento del visor, enfocando a la criatura mientras esta empezaba a descender la rampa hacia el interior del casco de la nave. El bípedo parecía tener la piel negra como la tinta, y vestía de color gris plateado. Tenía aspecto de estar muy delgado, pero entonces, todos lo estaban. Sus pies tocaron la superficie plana que Quilan pisaba y empezaron a acercarse a él. Balanceaba los brazos al caminar.

~ *Parecerían presas si tuvieran más carne.*

Quilan no respondió. La ventana ampliada de su visor mantuvo a la criatura con el mismo aumento hasta que la diferencia entre dicha ventana y el resto de la vista desapareció. Su rostro era estrecho y afilado, con una nariz delgada y puntiaguda, y los ojos pequeños y de un color azul intenso, rodeados de blanco, que destacaban en aquella cara oscura como la noche.

~ *Mierda. Así, de cerca, ya no parece tan apetitoso.*

—¿Comandante Quilan? —dijo la criatura. La piel que rodeaba sus ojos se movió al pronunciar aquellas palabras, pero su boca permaneció estática.

—Sí —respondió.

—Encantado de verlo. Soy el avatar de la Unidad de Ofensiva Rápida *Valor de incordio*. Es un placer conocerlo. He venido para llevarlo en la primera etapa de su viaje al orbital de Masaq.

—Muy bien.

~ *Sugerencia rápida: pregúntele cómo debe dirigirse a él.*

—¿Tiene algún nombre, o algún rango? ¿Cómo debo llamarlo?

—Yo soy la nave —respondió la criatura, levantando y dejando caer sus escuálidos hombros—. Llámeme Incordio, si quiere. O Avatar. O, simplemente, Nave. —Su boca se torció levemente a los lados.

~ *O abominación, ya puestos.*

—Muy bien, Nave.

—De acuerdo. —Levantó las manos—. Solo quería saludarle personalmente. Estaremos esperando. Háganoslo saber cuando esté listo para marchar. —Sus ojos recorrieron el lugar—. Dijeron que no había problema con que viniese aquí. Espero no haber interrumpido nada.

—Ya había terminado. Estaba buscando algo, pero no lo he encontrado.

—Lo siento.

~ *Más te vale, puto espárrago.*

—Gracias. ¿Nos vamos?

Quilan emprendió el camino hacia el círculo nocturno que se abría en la proa de la nave. El avatar caminó junto a él, y miró al suelo durante un segundo.

—¿Qué es lo que le ha ocurrido a este buque?

—No lo sabemos con exactitud —repuso Quilan—. Perdió una batalla. Algo lo atacó y lo destrozó. El casco perduró, pero todo lo que había en el interior quedó destruido.

—Estado de fusión compactada —asintió el avatar—. ¿Y la tripulación?

—Estamos caminando sobre ella.

—Lo siento. —Inmediatamente, la criatura se elevó a medio metro del suelo. Dejó de efectuar el movimiento de caminar y adoptó una posición sentada. Cruzó brazos y piernas.

—Esto sucedió en la guerra, imagino.

Llegaron a la rampa y empezaron a subir. Quilan siguió caminando y se volvió un momento hacia la criatura.

—Efectivamente, Nave —le dijo—. Sucedió durante vuestra guerra.